

DIARIO ÁRTICO

UN AÑO ENTRE LOS HIELOS Y LOS INUIT

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

INTRODUCCIÓN DE JAVIER CACHO



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



Josephine
**DIEBITSCH
PEARY**

*(Washington D.C., 1863
- Portland, 1955)*

Hija de emigrantes alemanes en Estados Unidos, su padre fue traductor en el Smithsonian Institute de Washington. Conoció muy temprano al que iba a ser el famoso explorador del Polo Norte, Robert Peary, con quien se casó y realizó sus dos primeras exploraciones al ártico. Su papel siempre fue más allá del estrictamente familiar. Abrazó la causa polar, apoyó y buscó patrocinadores para las expediciones de su marido y fue la primera mujer blanca en hibernar en la larga noche polar, además de contribuir al conocimiento de la cultura inuit con sus detalladas observaciones.

En 1893, durante su segunda expedición a Groenlandia, dio a luz una hija a 77° 44' latitud norte, donde jamás ninguna mujer blanca lo había hecho. Escribió tres relatos sobre su experiencia que fueron en su día verdaderos éxitos de ventas: *Diario ártico*. *Un año entre los hielos y los inuit*, que traducimos por primera vez y *Snow baby y Children of the Arctic* enfocados a lectores juveniles.

JAVIER CACHO

Escritor, científico y divulgador polar. Es autor de *Shackleton, el indomable*, *Amundsen-Scott: duelo en la Antártida*, *Nansen, maestro de la exploración polar* y *Yo, el Fram*, todos ellos en la editorial Fórcola.

Diario ártico

Un año entre los hielos y los inuit

JOSEPHINE
DIEBITSCH PEARY



TRADUCCIÓN DE
RICARDO MARTÍNEZ LLORCA



INTRODUCCIÓN
DE JAVIER CACHO



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | N°8

Diario ártico

Un año entre los hielos y los inuit

JOSEPHINE
DIEBITSCH PEARY



Título original: *My Arctic Journal. A Year Among Ice-Fields and Eskimos*

Primera edición original: Longmans Green and Co, 1894



Título de esta edición: *Diario ártico. Un año entre los hielos y los inuit*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, abril de 2019

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, 2019

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com



© de la traducción y prólogo: Ricardo Martínez Llorca

© de la introducción: Javier Cacho



© de la maquetación y el diseño gráfico: Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá



Depósito legal: M-14985-2019 | ISBN: 978-84-17594-16-9 | IBIC: WT, RGR

Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*



Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



MAPA DE LA EXPEDICIÓN
EN LA EDICIÓN ORIGINAL DE 1894

ÍNDICE

13

LA DAMA BLANCA

Javier Cacho

41

DIARIO ÁRTICO

171

REGRESO

A GROENLANDIA



LA DAMA BLANCA

JAVIER CACHO



Ver zarpar una embarcación siempre ha congregado a familiares, amigos y curiosos. Por eso, siguiendo esa tradición que hunde sus raíces en los primeros seres humanos que decidieron desafiar el mar, el 6 de junio de 1891 una multitud abarrotaba los muelles del puerto de Brooklyn. Era una ocasión muy especial, no se trataba de un barco cualquiera, aquel buque llevaba una expedición polar que enfrentaría los rigores del corazón del Ártico.

A una orden, periodistas, autoridades y familiares comenzaron a descender con desgana la pasarela. Cuando la cubierta se despejó todos los ojos pudieron centrarse en una figura femenina que permanecía a bordo. Vestida con discreta elegancia, su rostro angelical contrastaba con las caras de los rudos marinos que la acompañaban. Para todos los que llenaban los muelles ella era el auténtico objeto de atención, curiosidad y admiración o desdén en proporciones muy similares. A su lado, Robert Peary, el jefe de la expedición, se sentía orgulloso de que su encantadora esposa, Josephine, se fuese a convertir en la primera mujer en participar en una expedición al Ártico.

Todo el que se encontraba en los muelles era consciente de que Josephine Peary era una mujer muy especial. Para unos era el arquetipo del amor conyugal, dado que hacía falta estar muy enamorada para seguirle en la aventura de pasar un año en unas latitudes inhóspitas, desafiando gélidas temperaturas y bestias sanguinarias que podrían terminar con su vida, como ya le había ocurrido a más

de un avezado explorador. Para otros muchos, quizás la mayor parte de aquel gentío, aquello era una locura propia de una desvergonzada; una mujer que se preciase no debería convivir un año en una cabaña de reducidas dimensiones con otros cinco hombres; además, ¿qué probabilidades de sobrevivir podía tener una frágil mujer en un mundo de una dureza inconmensurable y del que los pocos hombres que se habían atrevido a desafiarlo, y habían regresado con vida, describían con horror?

Desde hacía semanas la prensa dedicaba grandes espacios a esta aventura. Parecía regodearse en los aspectos más bárbaros, así la entrevista al cocinero del barco resaltaba que este, que ya había visitado la zona, había tenido que comer la carne de distintas razas de perros y recordaba el repugnante sabor de cada uno de ellos. Con toda esta información arraigada en el imaginario popular, aquel lugar de sacrificios, padecimientos y comidas inmundas no parecía propio de hombres civilizados y mucho menos de una dama.

Sin embargo, hacia aquel lugar se dirigía Josephine Diebitsch Peary, segura de sí misma, consciente de los peligros, curiosa por conocer de primera mano ese mundo del que tanto había oído hablar a su marido y anhelante por vivir sus mismas experiencias. Este libro, que es el diario que escribió durante su estancia allí, es su visión de aquella tierra y sus habitantes, del impacto que le produjeron las aventuras que allí vivió y de las emociones que fue atesorando durante aquellos meses.

Una mujer adelantada a su tiempo

Josephine era hija de inmigrantes prusianos que tuvieron que rehacer su vida en los Estados Unidos. Enérgica, inteligente y trabajadora, compaginó sus estudios con un empleo en la Smithsonian de Washington; en dicha institución la calidad de su trabajo llevó a la dirección a pagarle el mismo salario que a sus compañeros, algo que no era corriente en aquella época.

Su ingenio, belleza y elegancia hacían que no pasase desapercibida entre los hombres que la rodeaban, pero ella no se sintió atraída por ninguno de ellos hasta que, con diecinueve años, conoció a un joven oficial de la Armada, Robert Peary, del que se enamoró perdidamente, aunque era nueve años mayor que ella. Es posible que fuera esa madurez que daba la edad lo que le hizo preferirle sobre el resto de pretendientes.

Mantuvieron un noviazgo de seis años, muy largo si lo comparamos con los patrones de nuestra época, dado que Robert, obsesionado por alcanzar la fama, temía que el matrimonio le hiciese perder su libertad de movimientos, que en aquellos momentos ya se dirigían hacia las tierras polares. La boda no hubiese reportado interés para incluir en estas líneas, de no ser porque la madre de Robert, que era hijo único, les acompañó durante todo el viaje de luna de miel y posteriormente se mudó para vivir con ellos en el hogar de la pareja.

Dos meses después, la paciencia de Josephine llegó al límite y planteó a su marido que eligiese entre las dos. Aunque la madre de Robert hizo las maletas y se marchó, nunca desapareció de la vida de su hijo, hasta el punto de que la joven esposa pronto comprendió que siempre ocuparía el segundo puesto en el corazón de su marido. Lo que no sabía en ese momento es que años después la ambición por el Ártico de Robert Peary volvería a entrometerse en su relación y ella tendría que asumir pasar al tercer puesto en la prioridad afectiva de su marido —y durante algún tiempo al cuarto, pero no adelantemos acontecimientos—.

Su bautismo polar

Uno tiende a pensar que las expediciones árticas comienzan cuando se llega a esos remotos parajes, olvidando que el propio viaje de aproximación ya es parte de la aventura y por lo tanto lleva riesgos asociados. Esto fue lo que sucedió. En un momento determinado el



EN MCCORMICK
CON MANÉ Y SUS HIJAS

barco que los transportaba hizo una maniobra violenta y el timón golpeó con fuerza a Peary, rompiéndole la pierna y condenándole a permanecer tendido sobre un camastro hasta que los huesos soldasen, cosa que podría durar varios meses. Con el jefe incapacitado, los científicos se plantearon dar por terminada la expedición y regresar a puerto. Puede que así hubiera ocurrido de no haber estado allí Josephine que, sin dudarlo, asumió el papel de portavoz de su marido y ordenó al capitán continuar.

Al llegar a su destino, una playa de piedras completamente desierta del norte de Groenlandia, fue ella quien, después de recorrer la zona con algunos de los científicos, decidió cual iba a ser el lugar para instalar el campamento. Las frases que esa noche anota en su diario: «Flores de todos los colores [...] brotan por todas partes [...] formando una alfombra de hermosura indescriptible», no dejan lugar a dudas sobre el impacto que le había producido la belleza del entorno. Ese día se enamoró del Ártico para siempre.

Días después, y mientras todavía se preparaba la cimentación del edificio, «Mr Peary» —que es la forma en que Josephine se refiere a su marido en su diario—, no pudo aguantar más la ansiedad y ordenó que le trasladasen a tierra. Cuatro fornidos marinos le bajaron postrado y atado a una plancha de madera, primero a un bote y luego a la playa. Esa noche, una de las últimas en que el barco les acompañaba, y mientras el resto de los científicos aprovechaba para dormir en el confort de los camarotes, ellos dos durmieron en la playa sin más cobijo que una tienda de campaña.

Allí Josephine soportó como pudo el frío, la humedad y las incomodidades, velando a su marido. Una y otra vez el viento amenazó con hacer saltar por los aires la lona, mientras sonidos y ruidos, completamente desconocidos para ella, le hacían pensar en la proximidad de un oso que, de un zarpazo, podría destrozar su exigua protección y terminar con ellos. Pese a que esas horas se le hicieron eternas, ni despertó atemorizada a su marido, ni le hizo

partícipe de sus miedos cuando este estaba despierto. Era una expedicionaria como los demás, y como tal se comportaría. Eso sí, no volvería a separarse de su rifle, que se había dejado en el barco, y tendría todo el tiempo a mano su colt 45 que, para sorpresa de sus compañeros, manejaba con seguridad y precisión.

Monos polares

Poco después pudieron terminar de construir el pequeño edificio que les daría cobijo durante un año. Era una sala única de forma rectangular. En uno de los extremos unos mamparos delimitaban un espacio de escasos nueve metros cuadrados que era el dormitorio del matrimonio. El resto, de aproximadamente el doble de superficie, era la cocina, comedor y el dormitorio de los otros cuatro miembros de la expedición. Allí celebraron, unos días más tarde, el tercer aniversario de su boda. Fue una fiesta sencilla, pero llena de candor y buen humor. Aquella noche Josephine escribió en su diario: «Puede que nuestros platos fueran de estaño, pero jamás se sentó a cenar una pandilla más alegre». El embrujo del espíritu de equipo y de exploración se había adueñado de ella y ya no le abandonaría por el resto de su vida, pese a las duras pruebas que tendría que pasar. Una de ellas fue la llegada de los habitantes de la zona a su idílico rincón.

La aparición de los primeros esquimales¹ fue celebrada por todos, en especial por su marido. Peary necesitaba a los hombres para que les ayudasen a cazar, y a sus mujeres para que les confeccionasen los trajes de pieles, la única indumentaria adecuada para soportar los rigores del frío. Sin embargo, para Josephine fue una sorpresa no exenta de espanto. El fuerte olor que emanaban sus ropas, la mugre que cubría sus cuerpos y los cabellos apelmazados por la suciedad, le resultaron tan repulsivos que a punto estuvieron

¹ Aunque en la actualidad reciben el nombre de «inuit», he querido mantener la terminología de la época de Josephine Peary.

de provocarle náuseas. Pero lo que verdaderamente le horrorizó, y le llevó al borde de la histeria, fueron los pequeños inquilinos (piojos, pulgas, chinches y demás insectos) que habían colonizado los pliegues de sus ropas y pululaban por sus cabellos.

También fue un choque brutal para ella sus conductas sociales y hábitos de salud y limpieza. Así, uno de los peores momentos de su vida, que llega a producir hilaridad cuando uno lo lee en su diario, fue tener que pasar con su marido una noche en un iglú de un asentamiento esquimal. La entrada en el recinto fue una de las impresiones más fuertes que tuvo que soportar; después de reptar por el angosto pasadizo repleto de objetos, entre ellos carne cruda, se encontró con un grupo de cuerpos semidesnudos que abarrotaba totalmente el interior. Sentados sobre pieles de reno, que «podían moverse de la cantidad de insectos que contenían», hombres, mujeres y niños apoyaban sus pies descalzos sobre una masa amorfa de carne de morsa cruda, de la que cortaban pequeños trozos para comérselos directamente. Todo ello soportando un hedor indescriptible y viendo cómo mayores y pequeños hacían sus más íntimas necesidades fisiológicas, sin el más mínimo pudor, en un rincón. Después de soportar todas esas pruebas, hasta parece natural que llegara a desahogarse en su diario diciendo que «se parecen más a monos que a humanos».

Una convivencia agobiante

No es sencilla la convivencia en una comunidad reducida, aislada, rodeada por una naturaleza agresiva y reclusa entre cuatro paredes durante meses por la noche polar. Todos los exploradores que, hasta ese momento, habían vivido esa experiencia hablaban de su agobiante dureza, del hartazgo que produce el ver siempre las mismas caras, de oír siempre las mismas historias, y de la crispación de un trato continuo que pronto se hace opresivo. Aquella expedición tampoco fue una excepción, agravada por el trato autoritario de



Robert Peary y por el hecho de que este estuviese gozando de una vida sexual normal con su mujer, mientras que el resto de expedicionarios se veían obligados a un celibato de un año entero. Luego, como era de prever, los roces y disensiones surgieron, y se fueron profundizando con el paso del tiempo.

Tampoco el carácter de Josephine facilitaba mucho las cosas. Su rostro angelical no era incompatible con una voluntad y determinación que no se amilanaba ante nada ni nadie. A diferencia de su esposo, que podía convivir sin problemas con la suciedad, tanto si procedía de los esquimales, como de sus propios hombres, nuestra exploradora no era así. Si bien fue capaz de admitir la mugre de los esquimales y sobrellevarla como algo implícito a su condición, no quiso aceptarla cuando procedía de sus compañeros, hombres que venían de un mundo civilizado. Y no se recató de expresar su opinión, primero de forma clara, y después de la manera más hiriente posible. Ni ella ni el resto de expedicionarios estaban dispuestos a ceder, y las relaciones se deterioraron progresivamente; nuestra dama se recluía en su habitación y ellos rehuían su trato, en parte por no verse expuestos a sus incisivos comentarios.



DIARIO ÁRTICO

JOSEPHINE
DIEBITSCH PEARY



24 de junio, miércoles. Hemos navegado sin dejar de sentir que nos zarandeaban; nos abrimos paso a través de las banquisas de hielo del estrecho Belle Isle, y una vez más flotamos sobre las olas del inmenso Atlántico. Nuestro bailoteo de tres días en el hielo ha supuesto un anticipo de lo que será la navegación ártica, pero el bueno del Kite² avanza hacia el norte con una confianza que inspira tal sensación de seguridad que ni siquiera los famosos trasatlánticos pueden igualar. El genial capitán Pike está en el puente y nada se escapa a su ojo de halcón que busca tierra sin cesar. Hoy, cuando salí a cubierta, descubrí la vasta y salvaje costa de Groenlandia a la derecha. Era un espectáculo maravilloso: los negros y escarpados acantilados, verticales desde las alturas hasta que se sumergen en el mar, con sus cumbres cubiertas de nieve deslumbrante, y el hielo del interior flotando por los valles y entre las cimas. Al pie de los acantilados brillaban cerros de varios tamaños y formas, algunos de un hermoso azul, otros blancos como la nieve. La noticia del día fue el glaciar Frederikshaab, que baja hasta el mar en la latitud 62° 30'. Sin embargo, no me impresionó su tamaño, tal vez a causa de la distancia a la que nos encontrábamos. Su frente abarca veintisiete kilómetros, y a nuestros ojos se nos muestra con el aspecto de una pared de mármol blanco. Mucho tiempo después de haber pasado frente a él, todavía parecía estar a nuestro lado y siguió acompañándonos a lo largo de toda la jornada. Nada más dejarlo atrás, se reveló ante nosotros el más hermoso paisaje de montaña imaginable. El tiempo era deliciosamente cálido y vino a mostrarnos un aspecto nuevo del clima ártico. Resulta extraño sentarse en cubierta con un abrigo ligero, sin siquiera necesidad de abrocharlo, y una capucha sobre mi cabeza, bajo el cielo más luminoso y observar las montañas nevadas.

2 Buque ballenero, a vapor, con el que viajaron a Groenlandia. (Todas las notas que siguen son del traductor).

25 de junio, jueves. Se nos prometía otro día encantador, pero durante la tarde el tiempo cambió y se levantó un viento frío, que favoreció nuestra singladura. Hoy nos acompañará el sol de medianoche por primera vez, y faltarán semanas, incluso meses, antes de que se ponga de nuevo para nosotros. Todo sobre cubierta gotea por culpa de la niebla que nos envuelve.

26 de junio, viernes. A pesar de la espesa niebla hemos avanzado bien y esperamos estar en Disko, o más propiamente en Godhavn³, a mediodía de mañana.

Vimos nuestros primeros patos eider. Numerosos cerros vuelven a brillar a lo lejos, probablemente sobre la lengua del glaciar Jakobhavn.

30 de junio, viernes. Desde el sábado por la mañana hemos sido presas de una gran emoción, pues pusimos pie por primera vez en la costa helada de Groenlandia. El práctico del puerto, un esquimal mestizo, subió a bordo y nos guio a Godhavn poco después de las nueve en punto. Peary, el capitán Pike, el profesor Heilprin y yo nos acercamos a tierra, presentamos nuestros respetos al inspector Anderssen y a su familia. Fueron muy amables con nosotros y nos invitaron, al señor y a la señora Peary, a quedarnos con ellos durante nuestra estancia en Godhavn.

Durante la tarde, una expedición de miembros del Kite inauguró nuestro primer paseo ártico, cuyo objetivo era la cima de los acantilados de basalto que se elevan por encima del puerto. Mi atuendo consistía en un abrigo fabricado a partir de un grueso paño rojo que llegaba hasta las rodillas, altas medias de punto, una falda larga de franela y los *kamiks*, unos mocasines de caña alta que había comprado en Sidney. El día era excepcionalmente

3 Godhavn es la principal población de la isla Disko, una de las de mayor tamaño en la costa oeste de Groenlandia.

bueno y soleado, y partimos con la mejor de las ilusiones. Nunca había visto tantas y tan variadas plantas silvestres floreciendo a la vez. Me resultó imposible pisar sin aplastar flores de diferentes especies. El señor Gibson resbaló, intentando cazar una mariposa, y una cuerda le oprimió el pie izquierdo, así pues, tuvo que regresar al barco. Jamás había pisado un musgo tan blando y hermoso, que mostraba todas las sombras del verde y del rojo, y en algunas zonas estaba tan densamente cubierto de minúsculas flores rosas que no era posible reposar la cabeza entre ellas. Recogimos y prensamos tantas flores como podíamos cargar: anémonas, amapolas amarillas, rosas de montaña, varias *ericaceae*⁴, etc. En ocasiones el sendero atravesaba ventisqueros, y otras veces las flores y el musgo nos cubrían hasta los tobillos. En cada pequeña cañada los arroyos formaban cascadas y el agua era tan deliciosa que parecía imposible sortearlos sin detenerse a beber. Nos movíamos muy despacio y no éramos capaces de resistir la tentación de pararnos constantemente para deleitarnos con la belleza del paisaje. La bahía Disko, azul zafiro, densamente poblada de icebergs de todos los tamaños y coloreados por los rayos de sol, se extendía a nuestros pies, con el pequeño asentamiento de Godhavn a un lado y los castillos de los acantilados elevándose sobre él. Hasta donde podíamos ver, el mar estaba tan salpicado de icebergs que parecían una flota de barcos de vela. La imagen era, sencillamente, indescriptible. Llegamos a la cima, que se levantaba a setecientos treinta metros, y construimos un túmulo con piedras, donde colocamos una caja de lata que contenía un papel, en el cual habíamos escrito nuestros nombres, y algunas monedas americanas. Desde la cima de los acantilados caminamos sobre la capa de hielo. La temperatura era de 32° al sol y 13° a la sombra. A medida que descendíamos una niebla azul se descolgaba ocultando la parte sombría de los acantilados y el contraste con las lomas blancas brillando sobre las aguas de zafiro era

4 Las ericáceas (*Ericaceae*) son una familia de plantas perteneciente al orden de las ericales.

muy sugerente. Caminamos de regreso y llegamos al pie del acantilado después de las ocho. El domingo hicimos otra expedición, a Blaese Dael, o *El valle del viento*, donde una bonita cascada se vierte desde lo más alto, atravesando rocas y erosionándolas hasta formar un profundo canal. Recogimos más flores y también algunas algas; los mosquitos, de los que habíamos tenido un anticipo el día anterior, eran un incordio que no se podía aguantar y nos devolvieron a la memoria las costas de Nueva Jersey. Cuando llegamos a la primera cabaña esquimal, numerosas *picaninnies*⁵ se acercaron para ofrecerme ramos de flores salvajes y a cambio les entregamos unas galletas. Se mostraron felices.

Peary, el profesor Heilprin, otros dos miembros de la expedición y yo cenamos con el inspector, junto con otros miembros de la comunidad danesa. El menú consistió en bacalao fresco con salsa de alcacharras, perdices navales asadas, patatas hervidas doradas y, a modo de postre, *Rudgrud*, un puré de almendras y uvas. Como es habitual en Europa, bebimos una gran variedad de vinos.

Tras la cena, los caballeros subieron a examinar las colecciones, geológica y ovológica, del inspector, mientras las damas preferimos charlar tomando café. De no ser por los alrededores, habría sido difícil darse cuenta de que estábamos en el lejano reino ártico, así de sinceramente hogareña era la vida en la casa, y tan pequeños los actos que daban alegría, comodidad y placer a un lugar como este. El total de la comunidad apenas alcanza las ciento veinte almas, de las cuales el noventa por ciento son esquimales, sobre todo mestizos; el resto se compone de funcionarios daneses y sus familias, cuyo entretenimiento se reduce, casi por completo, a los círculos sociales que se establecen entre ellos.

Hacia las nueve visitamos el almacén, donde se celebraba un baile típico del lugar. Varios de nuestros muchachos danzaban con

5 «Picaninny» es un término utilizado en América del norte para referirse a razas de piel oscura.

campanas esquimales, pero a mi juicio el olor era demasiado fuerte como para permitirme afirmar que contemplarlo era «puro placer». Los ritmos estaban contruidos para música de cuerda, que los mestizos dominaban con maestría y los bailarines y espectadores tenían el ánimo por las nubes, pero sin estruendo. A la hora de terminar, sobre las diez, cualquier muestra de hilaridad se había evaporado.

Confiábamos en zarpar pronto al día siguiente, pero hasta las dos del mediodía la niebla no empezó a levantarse haciendo la salida imposible. Disparamos la salva oficial, soltamos tres hurras en honor de nuestros primeros anfitriones en Groenlandia y navegamos alejándonos del dique del puerto. Pronto aclaró y pudimos avanzar a la velocidad de siete nudos. Esta mañana ha amanecido con niebla durante un rato, pero despejó y ahora sencillamente estamos costeano. Esperamos llegar a Upernavik, el asentamiento danés más septentrional, sobre las nueve de la tarde.

2 de julio, jueves. No alcanzamos Upernavik hasta las dos y media de la mañana de ayer, debido a una corriente marina fortísima que nos empujaba en dirección contraria a Godhavn. Permanecimos despiertos toda la noche, y a la 1:30 a.m. disfrutamos de un radiante amanecer. Peary tomó numerosas fotografías entre la medianoche y la mañana. Upernavik es un lugar muy diferente a Godhavn. Apenas lo forman cuatro casas y una pequeña iglesia. Los nativos viven en cabañas de hierba y madera, unas viviendas de aspecto miserable, contruidas sobre el barro. En cuanto nuestro barco arribó al puerto, en el que habían anclado dos navíos daneses, el gobernador, Herr Beyer, subió a bordo con su lugarteniente, un joven que había llegado hace tres días. Les devolvimos la visita a mediodía y el gobernador y su mujer, una persona dulce, recién entrada en los treinta, con la que apenas llevaba un año casado, nos recibieron encantados; el apego de la mujer por la decoración hogareña se reflejaba en sus

pinturas, colecciones, en sus bordados de fantasía y en sus plantas con flores, que estaban dispersas por todas partes, y conseguían dar el aspecto de un hogar apacible. Como en el resto de las casas del país, a los huéspedes se les recibía con vino nada más llegar. El gobernador me ofreció un ramo de flores de Upernavik atado con los colores de Dinamarca. Nos hicieron regalos sin medida, algunos de ellos eran hermosas tallas esquimales, también nos obsequiaron con una docena de botellas de cerveza de Groenlandia y una caja de golosinas para la señora Peary, que debería abrirse, como recuerdo, la víspera de Navidad. No podía ser más cálida la hospitalidad con la que nos acogieron y de tal afecto nació una amistad que permaneció viva durante años.

La visita fue breve, de forma un tanto obligada, dado que pretendíamos izar anclas a primera hora de la tarde. Nos alejamos de Upernavik y nos dirigimos hacia el norte. La niebla se había disipado y descubrimos una enorme montaña sobre el puerto. El sol brillaba intensamente, y el mar, azul turquesa, estaba liso como el cristal. La noche se prometía hermosa, pero yo me resistía a la tentación de acostarme, lo que era un gran esfuerzo teniendo en cuenta que había estado despierta la noche anterior y buena parte de la previa.

A las cuatro de la madrugada el capitán Pike llamó a la puerta para informarnos de que en media hora arribaríamos a las islas Duck. Precisamente pretendíamos desembarcar allí con la intención de dar caza a algunos patos y recoger huevos de cara al invierno. Al rato nos hallábamos en la orilla y entonces comenzó un espectáculo del que había leído con frecuencia, pero pensaba que nunca lo vería: los patos volaban en densas bandadas sobre nuestras cabezas y por todos lados había nidos tan grandes como los de gallina, fabricados con plumas, que contenían de tres a seis huevos. Los nidos aparecían sobre las rocas, a la vista, no se molestaban en esconderlos. ¡Ay!, llegamos demasiado tarde: los patos estaban

criando y de los casi mil huevos apenas pudimos disponer de ciento cincuenta en condiciones. Dado que no llevaba mi carabina, pasé el tiempo agachándome y recogiendo hasta veinte kilos en cinco horas. Tras regresar al Kite para el desayuno, visitamos una segunda isla, donde, para mi satisfacción, apresé un pájaro. En total, batimos noventa y seis patos.

2 de julio, jueves. Nos hallamos al otro lado del Dedo del Diablo⁶, latitud 74° 20', y ahora, a las ocho de la tarde, nos abrimos paso lentamente a través del hielo de la entrada a la bahía Melville.

3 de julio, viernes. La capa de hielo era tan gruesa que el Kite no podía avanzar y a media noche detuvieron las máquinas. A las 6:30 a.m. retomamos la marcha y emprendimos la ruta durante una hora, hasta que nos vimos obligados a detenernos una vez más. A las once en punto lo volvimos a intentar, pero tras dos horas a pleno vapor, descubrimos que estábamos en punto muerto. Así permanecemos hasta más allá de las cinco, cuando las máquinas se pusieron a funcionar de nuevo. Avanzamos en condiciones durante dos horas y estábamos convencidos de que pronto nos hallaríamos en aguas abiertas, pero el denso hielo nos obligó a detenernos. Mientras estábamos en cubierta, el vigía gritó: «¡Un oso! ¡Un oso!». En la distancia se podía apreciar un objeto que flotaba, o más bien nadaba, y al minuto los muchachos saltaron a los botes amarrados en las bordas del Kite, armados con rifles, aunque pronto descubrieron que no todos estaban cargados. El oso resultó ser una foca, pero no acertó ninguno de los treinta disparos que se hicieron. Ahora son cerca de las 11 p.m., el sol brilla y todo está en calma. Tan solo me abrigo con una chaqueta de primavera que me parece suficiente para esta temperatura balsámica. A medianoche dispararon el cañón, arria-

⁶ Montaña escarpada, de roca que se eleva 546 metros en la isla de Kulorsuaq al noroeste de Groenlandia.

ron la bandera, los muchachos dispararon sus rifles y gritaron tres hurras celebrando el cuatro de julio. El termómetro marcaba 0° C.

4 de julio, sábado. El hielo sigue siendo terco y condiciona el viaje. En la distancia que abarcamos con la vista, no se ve nada más que la inamovible banquisa, aquí lisa como una mesa y en otros sitios salpicada por crestas que parecen tartas de hielo. Líneas de agua aparecen y desaparecen, y su presencia nos da la esperanza de una pronta liberación. La noticia del día ha sido la cena con el capitán Pike, en la que participamos la mayoría de nosotros. Tras la cena, algunos exploraron el hielo buscando focas hasta atrapar a dos especímenes, uno que pesaba doce kilos y el otro quince.

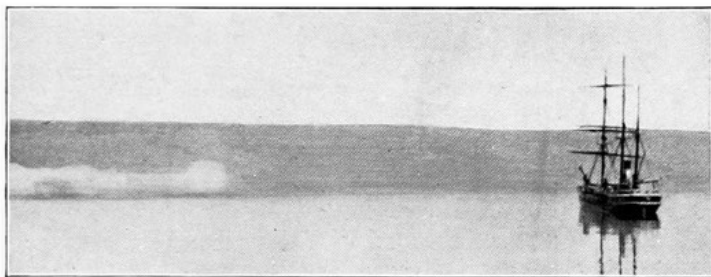
5 de julio, domingo. Por la noche apenas nos movimos, despacio, pero a las 8 a.m. nos vimos obligados a detenernos otra vez. El día estaba resultando desagradable, con niebla, lluvia y hasta nieve. Lo único que hemos hecho es comer y dormir. Una gaviota marfil flotaba perezosamente aventurándose a tiro de rifle, hasta que la añadimos a nuestra colección.

7 de julio, martes. Ayer el tiempo fue triste y áspero, pero hoy parece más cálido. Ha cesado de caer nieve, aunque el cielo sigue cubierto, y la niebla nos impide ver el horizonte. A mediodía el sol se abrió entre las nubes durante un instante, y la niebla se levantó lo suficiente como para que el capitán estudiara nuestra posición y determinara que estábamos a una latitud de 74° 51'. El viento se apaciguó por la tarde, e hicimos un intento de atravesar el hielo. Pero, tras embestir la inamovible banquisa durante una hora, y apenas avanzar la longitud del barco, concluimos que estábamos quemando carbón para nada. Peary, con Gibson, Astrup, Cook y Matt, ha estado ocupado toda la tarde, acondicionando la madera para nuestra cabaña en el fiordo Whale. Parte del trabajo del día

fué la cura de numerosas pieles de ánade que tenemos intención de convertir en ropa interior para el invierno.

9 de julio, jueves. Ayer y hoy la niebla se levantó a ratos lo bastante como para permitirnos ver tierra a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia. Una toma de datos nos sitúa exactamente a $74^{\circ} 51'$ de latitud y 60° oeste de longitud. Peary fijó las medidas con su sextante de bolsillo y la brújula del barco y después dibujó un boceto de los cabos de la costa. El hielo parece descompuesto, pero nos atrapa tan firmemente que todavía no nos permite abrírnos paso. Medimos algunos de los témpanos y encontramos que el más grueso tendría unos ochocientos centímetros. Se nos ha antojado un día muy crudo, debido, en gran medida, a un ligero viento del noroeste; y, por primera vez, la media de la temperatura ha bajado del punto de congelación.

10 de julio, viernes. Esta mañana los aparejos estaban cubiertos de escarcha, dándole al Kite el aspecto de un buque fantasma. La niebla se cerraba pesadamente a nuestro alrededor impidiéndonos vislumbrar tierra. Avanzada la tarde sondeamos la profundidad, pero a 343 brazas todavía no habíamos tocado fondo. Mientras cenábamos, el Kite comenzó a moverse sin previo aviso. Pusimos las calderas en marcha y durante hora y media rompimos hielo, pues estaba muy descompuesto, y los témpanos se desmigaban en muchos trozos en cuanto arremetía el Kite. Habíamos avanzado unos cinco kilómetros cuando nos vimos obligados a volver a parar por culpa de la niebla. Lo poco que nos habíamos movido bastó para alentar el valor de algunos de los expedicionarios que habían empezado a creer que nos habíamos atorado definitivamente para pasar allí el invierno.



Aunque nos resultaba evidente que todavía estábamos atrapados entre los hielos de la bahía Melville, no podíamos sino regocijarnos dado lo peculiar que resultaba nuestra prisión. Los esfuerzos para escapar, llenos de promesas de éxito, seguidos de impotencia absoluta, provocaban, alternativamente, un estado de euforia y depresión en nuestras almas. Las novedades sobre el escenario, sin embargo, nos ayudaron a encontrar buenos sentimientos en nuestro interior, y para cuando escuchamos la orden «en marcha», y tras ella el sordo retumbar de la hélice metálica, dimos destierro al desaliento. Jamás nos cansamos de ver a nuestra embarcación cortar el hielo para abrirse camino. Las grandes masas de hielo se hacían a un lado con presteza; en ocasiones, un gran témpano salpicaba trozos de hielo que se acumulaba bajo otro más grande, apartándolo así de la ruta, con una conmoción próxima a la del agua que hierve. Luego embestíamos un témpano durísimo, que no se movía nada cuando el Kite chocaba contra él. El barco se aupaba sobre su lomo y luego se deslizaba hasta que golpeaba contra una zona más blanda. Entonces el témpano se estremecía como una hoja de vidrio se estremece ante un duro golpe. El bueno del Kite empujaba el hielo, haciéndolo a un lado, dejándolo atrás crujiendo y gimiendo de dolor. El día ha sido plácido, a pesar de una temperatura media de 2° bajo cero.

NOTAS AL FINAL DEL LIBRO



